

# Rehuso arrodillarme

BILL BRAY<sup>1</sup>

Se supone que tengo que darles a conocer la experiencia indígena. Les pediré perdón por adelantado. No existe una experiencia indígena que darles a conocer. Esta es mi experiencia y soy un Indio Creek. Las dos cosas no son intercambiables y no son iguales. Lo más que puedo esperar es darles una experiencia que es un poco fuera de lo habitual.

Soy de Oklahoma. No es parte de la región en la que probablemente se imaginan cuando piensan en el "estado que más rápido se me ocurre", si es que alguna vez piensan en él. Están, sin duda, pensando en Texas del oeste. Mi Oklahoma es una tierra de colinas ondulantes y terrenos ricos. En mi patio hice crecer tomates tan grandes como los melones de ustedes, y maíz tierno que se revienta en la boca. Me he comido hasta veinte mazorcas en una comida. Tenemos árboles de melocotón y manzanos, moras y caqui. Pero lo más extraordinario, sin duda, es que tenemos árboles de langosta (falsa acacia).

Estos árboles son parte de la extraña familia de los árboles transitoriamente espléndidos. La mayor parte del año se parecen a una pila de metralla que hubiera echado ramas: son oscuros y espinosos, con hojas pequeñas y oblongas, de menos de 1 cm de largo, que crecen en racimos. Pero en la primavera florecen. Echan millones de florecitas blancas con una fragancia que mataría de la envidia a una rosa. Nuestra casa estaba rodeada de árboles de langosta, que daban sombra y nos protegían del viento del norte brutal y del carbonizante sol de Oklahoma. Y Mamá los odiaba.

Mi madre odiaba muchas cosas por muchas razones, pero su odio de los árboles de langosta era uno de los más extraños. Los odiaba por su belleza. Odiaba los brotes y decía que las flores eran baratas y pequeñas, pero sobre todo, odiaba la fragancia. "Me enferma", decía. Mamá tenía problemas con las cosas baratas, mi padre incluido. Mamá le hizo la guerra a los árboles de langosta. Era una guerra que ella estaba destinada a perder por una razón muy importante: yo era

1 Tomado de *First Person, First Peoples. Native American College Graduates Tell Their Life Stories*. Cornell University Press, Ithaca y Londres, 1997. Traducido por José Manuel Muñoz, Grupo Cultura y Desarrollo Humano, Universidad del Valle, diciembre 2005.

un subversivo que estaba firmemente en el bando de los árboles de langosta.

Los árboles de langosta eran un buen aliado. Están vibrantemente vivos y se reproducen rápida y secretamente. Mandan tallos reptantes bajo tierra y pueden echar racimos en una semana. Mamá compró un cortacésped pesado y me mandaba a cortarlos. Yo cortaba algunos, pero siempre lograba dejar tres o cuatro debajo de la línea de la valla o cerco de rocas. Yo siempre alegaba que no podía acercarme suficientemente para cortarlos. En un mes crecían suficientemente para que ningún cortacésped lograra cortarlos.

Me doy cuenta que tal vez he mostrado a mi madre como una mujer dura y brutal, pero esto era verdad sólo ocasionalmente. Esa es una visión de ella unidimensional, y si algo puede ser dicho de mi madre, es que ella es multidimensional. Mamá ha estado casada tres veces con tres hombres diferentes. Esa es una distinción importante de hacer, porque en mi lado de Oklahoma a la gente le gusta casarse, y a menudo se casan y se divorcian de la misma persona una y otra vez sólo para no aburrirse. En un buen año, he visto a la misma pareja divorciarse y volverse a casar tres o cuatro veces. Mi madrastra una vez consideró la idea de dar a todo el mundo vales para un divorcio gratis para navidad. Pero estaba hablando de Mamá —mi madrastra, Billye, es una persona demasiado compleja para hablar de ella de paso.

El primer matrimonio de Mamá fue con mi padre. No fue una cosa maravillosa, pero tuvo sus buenos momentos. En su forma más rudimentaria, este matrimonio fue creado a partir de un poco de mala suerte. La primera vez que mi padre y madre se acostaron juntos ella quedó embarazada. Debido a la sociedad bárbara de esa época las campanas de la iglesia empezaron a sonar. Mi madre dice "Cuando me dí cuenta de que estaba embarazada, pensé seriamente en tirarme de un edificio. Pero después pensé que con mi suerte quedaría embarazada y con dos piernas rotas. Y pocas cosas podrían ser peores que estar embarazada, coja, y viviendo con tu abuelo".

A pesar de esto, mis padres no estaban excepcionalmente jóvenes cuando se casaron. Ella tenía diecisiete años y él diecinueve. Ese todavía es el promedio de edad para casarse de donde yo vengo. Hay un viejo dicho que dice algo como "Una novia no es una novia sin un pequeño bulto". Podría mencionar que mi mujer también tenía un pequeño bulto, pero eso sería ir demasiado adelante en la historia y podría inquietarlos.

Mi padre es generalmente muy reservado y con un buen sentido del decoro. Mi madre decía "tu padre es el hombre más civilizado que conozco". Para ella "civilizado" era un epíteto. Estoy de acuerdo en que es civilizado a veces, pero su exterior es engañoso. Cuando mi madre se divorció de él, mi padre condujo su camioneta dentro del centro comunitario por la puerta de enfrente, volteó a la derecha en una maniobra que la gente dice debe haber sido casi imposible, y después condujo fuera por la puerta de al lado.

Creo que todos fuimos muy afortunados porque hizo esto a las diez de la noche cuando no había nadie dentro del centro comunitario. Todo lo que tuvo que hacer fue pagar por puertas nuevas para el centro y hacer pintar su camioneta de nuevo. Era un hombre muy apasionado, pero no sabía cómo expresarlo apropiadamente. Mi padre era (y todavía lo es parcialmente) lisiado; no sabe cómo expresar amor. Esta es la razón por la que lo odié por muchos, muchos años; esto y el hecho de que después de su divorcio, el rencor de mi madre hacia él creció exponencialmente por años hasta que ya no tenía un concepto de él como persona. El se volvió en cambio para ella un estereotipo de brutalidad fría. Uno de los garrotes verbales con los que ella me solía pegar era "Eres igual a tu padre". Oí esto constantemente por cinco años. Este fue un garrote que finalmente logré quitarle; nadie puede pegarte con un garrote que no provees tú mismo. Ojalá hubiera sabido eso antes.



Mi padre es un hombre lleno de prejuicios, a la manera de los viejos tiempos en el sur. También es un contra-ejemplo a la idea que la gente prejuiciada no es inteligente. La familia de mi padre tuvo siempre un interés egoísta en contra de los Indios. No hay que asombrarse pues, que todos sus ancestros Indios a través de los años sufrieron una transformación racial e histórica profunda, hasta que finalmente no estuvo permitido que yo preguntara acerca de la gente morena en nuestras fotos de familia.

Cuando yo era un niño, mi madre trabajaba en una fábrica de costura. En esa época, yo tuve una cantidad de niñeras, que no siempre me gustaban. Sin embargo, el destino me dio una mano, como tiene costumbre de hacer, y finalmente me tocó una que me gustaba. Su nombre era Levita, pero yo la llama Mamá Harjo. Era una mujer Creek que vivía en una pequeña casa de la compañía que tenía tres cuartos. Era una casa vieja, ya que hacía cuarenta años que no había compañías en Wetumka que construyeran casas. Era una casa que yo amaba casi tanto como amaba a Mamá Harjo. Mamá Harjo y yo tuvimos una muy buena vida juntos en su casa. Ella también cuidaba a otros niños, pero yo era su favorito. Ella misma lo dijo. Hasta empezó a enseñarme a hablar Creek. Me acuerdo que amaba la manera como las palabras sabían y caminaba por ahí diciéndolas constantemente. Esta fue mi perdición.

Hablar Creek fue lo que trajo el fin de mi cuidado por Mamá Harjo, porque un día mi padre dijo a mi madre "Consigue a otra persona. Ella lo está convirtiendo en un pequeño Indio". Ese fue el fin de Mamá Harjo. Pero he oído que si la iglesia católica lo tiene a uno hasta que tiene cinco años, uno es de ellos de por vida. Yo creo que lo mismo debe ser cierto para ser Creek. Y si mi padre me pudo tener alejado de Mamá Harjo, no pudo tenerme alejado de mi familia, la mitad de la cual era India, y no pudo imponer a la gente con la que me asociaba en la escuela, la mayoría de los cuales resultaron ser Indios.

Tampoco pudo cambiar dónde vivía. Oklahoma es un estado Indio, el estado de Sequoyah, ferozmente multicultural y fervientemente monocultural. Oklahoma recientemente celebró el año del Indio, en 1992, y en 1989 observó el centenario de la "carrera a la tierra". (En 1889 los Indios Creek cedieron tierras en las que no vivían otras tribus a los Estados Unidos después de la guerra civil. Estas tierras fueron pobladas por miles de personas en pocos días). Para celebrar, se les pidió a los niños Indios que se vistieran como pioneros y actuaran la posesión de sus tierras ancestrales. Paradójicamente, niños blancos en Oklahoma quieren ahora vestirse con insignias Indias y bailar en ceremonias Indias, algunas de las cuales representan las victorias de los Indios sobre los blancos. En términos eruditos, estamos atrapados en lo que se llama un conflicto narrativo. Nos movemos en los espacios silenciosos intersticiales dejados para la gente desplazada y que encuentra un hogar en su desplazamiento.

Mi familia y yo venimos de allí, y como la autora Chickasaw Linda Hogan a dicho, estamos en un proceso de "siempre volver a casa". Es probablemente apropiado pensar en mi historia como una narrativa de viaje —una de esas extrañas historietas que los exploradores contaban acerca de gente exótica en lugares raros y de cómo sobrevivían sólo a partir de ingenio y astucia. Es imposible para mí separar mis propias aventuras de las de mi familia. Estamos todos estrechamente conectados, y lo que podría ser considerado lejanas anécdotas de otros son partes de mí concretas. Cuando hablo de mi familia, siempre estoy hablando de mí también.

Cuando estaba muy joven, mi abuela fue llevada a una escuela católica y entregada a las monjas. Su familia era demasiado pobre para sostenerla. No podían comprar comida y zapatos para ella. Los católicos la aceptaron, así no fuera católica, porque en esa época estaban todavía en el negocio de convertir Indios "por cualquier método necesario". Cuando mi abuela no quiso arrodillarse para rezar, las monjas la encerraron en un armario de escobas. Aparte del miedo de



dejar su casa y haber sido encerrada en un closet, mi abuela – como muchos Indios – estaba inclinada a tener infecciones del oído severas y desarrolló una de esas infecciones en los días que pasó en el armario de escobas. Su infección se volvió tan seria, y la presión tan intensa, que sus tímpanos explotaron y sangraron. Cuando las monjas por fin vinieron a sacarla del armario sólo fue para obligarla a limpiarse la sangre de los oídos. Las monjas no la ayudaron. Nadie dijo si mi abuela se arrodilló a rezar después de eso. Ella no habla de eso.

Conociéndola, asumo que no lo hizo. Aquí es donde la educación formal al estilo occidental empieza en mi familia. Donde está ahora es conmigo, un graduado de Dartmouth College, a quien le falta una disertación para obtener un Ph.D. de Stanford University. Pasé la mayoría de mi educación como mi abuela, rehusando arrodillarme. Arrodillarse en una institución de la Ivy League es una cosa diferente de lo que significaba arrodillarse para mi abuela. Así que esto es lo que esta historia de educación personal va a ser: va a ser acerca de cómo no arrodillarse. También es acerca del precio que se paga cuando se rehúsa arrodillarse. Mi abuela pagó con sus oídos; yo pagué con algo muy diferente.

Mi abuelo tuvo una experiencia diferente de la mía y de la de mi abuela. El fue a una escuela de campo cerca de la ciudad y fue juzgado dotado (aunque ese no era el término usado en ese entonces). Fue tratado bien a lo largo de su escolaridad, y para cuando se graduó tenía un amor de las palabras, un amor del lenguaje. Las ideas nuevas eran algo precioso para él. Vivía para sus ideas y no de ellas. Era un hombre fuerte y trabajaba en construcción. Manejaba un bulldózer y una niveladora a motor, y para quitarse el escozón del trabajo por la noche viajaba a través del mundo en su mente. Cuando yo era niño, él tenía un globo terráqueo de papel con los océanos en negro profundo y los continentes y estados en colores. El me hacía girar el globo y poner mi dedo en un país. Yo nunca puse el dedo en un país del cual él no supiera algo. En ocasiones yo me imaginaba que era lo suficientemente pequeño para entrar dentro del globo. Sentado en el centro, miraba a través de todos los países del mundo. Imaginaba el sol brillando a través de los países translucientes de color pastel e iluminándome hasta que mi piel era un mapa del mundo. Esta fue la educación que recibí de mi abuelo; los paisajes y los idiomas eran su territorio. El hablaba Muscogee, inglés y español, y me enseñó acerca de la región alrededor de Wetumka. Mi abuelo me enseñó geología y arqueología al mostrarme los lugares para encontrar raíces de árbol fosilizadas y conchas. Me llevó al viejo cementerio fuera de la ciudad y me mostró dónde vivían mis parientes. Me enseñó acerca de la tierra y me llevó a desenterrar papas. También me regaló el amor a las palabras, empezando como hizo con mi madre y mi tía, con la palabra “metempsicosis”.

Literalmente, metempsicosis tiene que ver con la transmigración de las almas, pero para mí tiene que ver con algo muy diferente. Es un tiquete que mi abuelo me dió para entrar dentro del mundo del lenguaje y su poder. Todo tiene que ver con su razonamiento. Papá Lloyd me enseñó a entender metempsicosis como una manera de projerme de la educación. Dijo “Tus profesores no conocen esta palabra. Ahora sabes algo que tus profesores no saben. Sabes muchas cosas que tus profesores no saben. Ellos no son más inteligentes que tú. Nunca creas que tus profesores son más inteligentes que tú. Son más viejos entonces saben algunas cosas que tú no sabes, pero tú sabes algunas cosas que ellos no saben.” Supongo que cualquier palabra poco conocida habría servido, pero metempsicosis es la palabra que recuerdo y la que empezó mi colección de palabras.

Llegué a amar las palabras de la misma manera que mi abuelo las amaba. Amaba la manera como sabían, como se sentían. Aprendí a leer a los cuatro años y leía insaciablemente. Estaba hambriento de lectura. Me acuerdo que robaba libros de mi clase de primer año y los llevaba a



casa porque no se podían sacar libros de la biblioteca del colegio en el primer grado. Los ponía debajo de mi chaqueta y los sacaba de contrabando. Me acuerdo vívidamente del nudo que tenía en la garganta, porque me crié en una familia donde robar no era tolerado, pero también me acuerdo que tenía que tener esos libros. En la segunda mitad del primer grado, me dieron privilegios de biblioteca después de que demostré que podía leer libros, y la tarjeta de biblioteca puso un fin a mi carrera de criminal.

Fue sólo en el segundo grado en que me enseñaron que los Indios no leen. La persona que me enseñó esto fue Zelda Morris. Aún con mi vasto almacén de palabras, no puedo pensar en palabras lo suficientemente venenosas para describirla. Basta con decir que era lo suficientemente fría y brutal para pegarle a un niño de segundo año por "leer demasiado rápido".

El resto de mi carrera en la escuela elemental fue aleatorio. Me llevé bien inmediatamente con algunos profesores, y con otros no. Mrs. Osborn fue una profesora a la que quise sólo como un niño de cuarto año puede querer a una profesora. Mrs. Osborn era uno de esos profesores de Oklahoma poco frecuentes que apreciaba y estimaba a los Indios así ella no fuera uno de ellos. Su clase de música era el único lugar de la escuela en que la cultura Creek podía introducirse. Ella y Mrs. Yahola enseñaban en la clase de música a cantar himnos creek, y nos llevaron a las iglesias indias a cantarlos. Me acuerdo de estar alistándome para subirme al bus para ir a Thlophlocco, acercarme a Mrs. Osborn en la manera tímida de un niño de cuarto año, y darle un collar de cuencas que mi madre había hecho. Me dio un beso en la mejilla en frente del resto de la clase, una vergüenza grande para un niño de nueve años, pero un recuerdo que tengo muy cercano.

Cuando estaba pequeño, fuera y dentro de la escuela, traté sobre todo de recolectar información discretamente. Siempre escuchaba, creyendo de alguna manera que si tenía suficiente información, estaría a salvo. Escuchaba en las esquinas de las puertas o me sentaba callado hasta que los adultos estaban demasiado borrachos para darse cuenta y yo absorbía todo y lo guardaba. No sé por qué llegué a asociar el conocimiento con la seguridad. Sólo sé que esto se fusionó e impregnó mi educación. Esto fue ayudado por un deseo de entender la manera como funcionan las cosas y de amasar conocimiento. Siempre he amado las cosas curiosas y nuevas y bellas.

Así fue como procedió mi educación en la escuela elemental. Fue buena y mala, pero en la secundaria se volvió simplemente mala. Honestamente no sé dónde empezó mi adolescencia. He oído que alguna gente puede darle a uno el día y la hora exactamente. Yo no soy uno de ellos. Mi vida es continua. Espero que sea una vida de desarrollo constante; por lo menos me gusta pensar que lo es. No es continua uniformemente, es más como un equilibrio puntuado. Básicamente, continué con ritmo constante por una tangente hasta que una crisis o evento me hizo cambiar de curso. No sé si hay un evento crucial que signaló el final de la adolescencia. Sólo puedo pintarles un dibujo de lo que recuerdo.

Sentado en su cuarto solo, ha cubierto las ventanas con alumino para bloquear toda la luz. A usted no le gusta la luz en su cuarto, porque crea una red de sombras en la mitad de la noche. Ya se ha dado cuenta de que no era de la oscuridad de la que usted tenía miedo en su niñez; era de las sombras en el bosque fuera de la ventana de su cuarto. Usted ha llevado este miedo a la adolescencia. Sólo la oscuridad total puede aliviarlo, así que esto es lo que usted ha creado. Está esperando que el sueña venga, pero no viene. Esto ocurre a menudo. Usted generalmente duerme de día o por la tarde. Usted está exhausto todo el tiempo pero no durante la noche. En vez de eso sus pensamientos se precipitan, pero no de la manera normal. Están en una carrera lenta. Están pesados y se arrastran por su mente sin parar, no quieren dejarlo en paz, y sin embargo son demasiado lentos. Continúan, dolorosos, andando en espiral.

Para escapar del aislamiento, sus oídos buscan ruidos. Oyen peleas en la cocina. Su padre



está golpeando el mostrador de la cocina, arrastrando sus palabras. La voz de su madrastra se está alzando, hasta que usted la oye gritar que usted no es de ella. Su dolor aumenta, aunque usted sabe que éstas son sólo palabras de borracho. Usted se escabulle dentro del corredor y prende el aire acondicionado. El zumbido casi ahoga los sonidos. De vuelta a la cama, usted pone la almohada sobre su cabeza. La aprieta más y más hasta que ya no puede respirar. Sólo cuando yo no tiene más aire que dar usted pone la almohada de lado y espera que la gritería haya acabado.

Ahora tienen el tono de mi adolescencia. No siento que tenga que ir más allá. Mi adolescencia fue dolor. Mi escape de ella fue leer. Leí todo lo que pude encontrar, y durante todo mi tiempo libre. Leía durante el almuerzo en vez de comer. En la escuela, busqué hasta que encontré un escondite donde podía leer sin ser molestado. Esto no fue siempre fácil porque después del divorcio de mis padres, a mi madre le dio una picazón; nos trasteamos y cambié de escuela seis veces entre el sexto año y la graduación de secundaria. Mi vida estaba en un flujo constante, y esto no era algo fácil con que lidiar. Al cambiar de escuela, empezar a ir a clase cada vez menos. Me volaba de clase e iba a la biblioteca o a cine.

Mi madre no veía el valor de ir al colegio más del mínimo necesario para tener buenas notas. Ella decía que las notas eran como plata: servían para comprar cosas. Basados en esta filosofía, hicimos un trato. Yo debía ir al colegio no más de lo que necesitaba para obtener A's. Mi madre sostenía que invertir más tiempo sería una pérdida. Descubrí que podía obtener A's atendiendo a clase dos o tres días por semana. El resto del tiempo lo pasaba investigando o mirando televisión. Escogí temas como la criogenia, los hollos negros, los Indios Cree, la riboflavina y Australia, cosas que me interesaban. Tenía sed de un conocimiento que no se me brindaba en el colegio. Mis colegios eran más zonas de combate que instituciones educativas. Como mi abuela en la escuela católica, no me arrodillé, y entonces me tocó pelear.

Mis peleas en la escuela eran muy físicas. Parecía como si yo tuviera que pelear todo el tiempo. Los otros niños Indios eran los únicos chicos con los que nunca peleé en la escuela. Eran mis amigos. Pasé mucho tiempo peleando con los blancos; sólo peleé con los chicos negros una vez —después de eso establecimos un respeto mutuo. Peleé con los chicos blancos perpetuamente, año tras año. Extrañamente, no me dí cuenta de que eran blancos hasta más tarde; sólo me dí cuenta de que eran brutales. Siempre ganaba, pero eso no es sorprendente. Para eso me criaron.

También creo que estaba peleando contra la naturaleza porque soy de sangre mezclada. He leído a varios autores que dicen que eso está dentro de la dinámica. Ser mezclado no es una condición inusual en Oklahoma, y tampoco es particularmente interesante. Es sólo cuando se lo echan a uno encima que la naturaleza peculiar del arreglo es visible. En mi caso, esto ocurrió en clase una tarde de otoño en mi segundo año de secundaria.

Yo estaba sentado en mi pupitre mirando por la ventana como muchos de nosotros a menudo hacíamos (el colegio siendo el reto que es en la Oklahoma rural), cuando empecé a oír una conversación entre dos de mis amigos. Estaban quejándose de los beneficios que los Indios recibían. Sus quejas iban del "cuidado de salud gratis" hasta los lápices y cuadernos que el gobierno les daba a los niños Indios. Yo acababa de recibir los míos dos semanas antes. Finalmente, sus quejas se centraron en las casas indias. Se quejaron sin parar del hecho que los Indios recibieron sus casas gratis y del hecho que eran sus impuestos los que pagaban por las casas. Esto me pareció interesante, ya que yo sabía que ninguno de los dos había pagado impuestos en su vida; uno generalmente no paga impuestos en el segundo año de secundaria.

Después de escuchar su diatriba por un rato, me sentí obligado de intervenir. Después de



todo, vengo de una larga línea de “tontos que se precipitan”. Les recordé que yo era Indio y que mi familia vivía en una de esas casas. También tenía la intención de decirles que las casas eran pagadas con dinero de la tribu y que los impuestos de nadie no tenían nada que ver con eso, pero no tuve la oportunidad de hacerlo. En cambio me dijeron, “No estábamos hablando de ti. Después de todo, tú tienes un poco de sangre humana también”.

Estos eran amigos fortuitos, y era obvio en la manera como respondieron que en realidad estaban tratando de ser solidarios conmigo. Estaban tratando de animarme. Mi reacción fue darles lo que mi hermano llama la “mirada vete al diablo” y voltearme para otro lado. Su conversación cambió a con quién querían salir, y quién iba a ganar el próximo partido de fútbol —dejándome con mis propios parcialmente humanos pensamientos.

El único lugar en el que disfrutaba cuando estaba en el colegio era la biblioteca. La bibliotecaria y yo nos volvimos buenos amigos. Cuando pasaba frente a la biblioteca un día, la bibliotecaria me preguntó si iba a tomar el PSAT, un test para los alumnos de segundo año de secundaria para estimar sus chances de entrar a la universidad. Le dije que probablemente no, porque no tenía los dos dólares. Ella me dijo que me daría los dos dólares si yo tomaba el test. Yo dije que sí porque me gustaba tomar tests. Para mí eran juegos, y yo amaba los juegos. Todavía me sorprende que dos dólares debidamente gastados pueden cambiar tu vida entera. Me fue muy bien en el test y empecé a recibir información y ofertas de becas de varias universidades del país. Esto era algo fuera de mi experiencia. Vengo de un mundo que es muy pequeño y muy viejo. Para mí, Nueva York y Marte eran aproximadamente lo mismo. Eran lugares que uno veía en televisión y lugares donde la gente real no vive —infinitamente expansivos pero con menos profundidad y realidad que la pantalla de televisión misma.

Siempre le digo a la gente que mi admisión al college ocurrió por azar: simplemente ocurrió que yo estaba en la escuela el día en que estaban haciendo los PSATs; una bibliotecaria simplemente me recordó el test y me prestó la plata para tomarlo; ocurrió que me fue bien, lo cual me hizo un Escolar Nacional de Mérito, lo cual me trajo cartas de universidades caras. Después tiré mis cartas al aire y la de Dartmouth cayó encima. Así fue como elegí mi college. Sólo apliqué a un college. Nunca había oído hablar de él. Estaba seguro, sin embargo, ya que era un pequeño college remoto, de que estarían necesitando estudiantes, así que no apliqué a ninguna otro. Sólo después de llegar a Dartmouth me dí cuenta que otra gente había trabajado y planeado por años para ir allá. Algunos habían contratado entrenadores para los tests estandarizados de admisión y les habían pedido a sus padres que les pagaran el tiquete de avión para ir allá a mirar el lugar. Otros habían aplicado a siete u ocho lugares diferentes. Me acuerdo que pensé lo hartó que eso sería y me pregunté por qué se habían puesto en esas. Muchas de estas preguntas fueron respondidas a mi llegada.

Mi primera impresión de Dartmouth fue que era bello y frío. Un estudiante Ojibway de primer año me recogió en el aeropuerto. El era amistoso y yo estaba helado. Llegando de Oklahoma en Septiembre, yo no esparaba el hielo y había empacado my chaqueta en mi maleta. Mis maletas se perdieron en el aeropuerto en St. Louis, dejándome en un lugar nuevo, a mil millas de casa, con sólo la camisa que llevaba puesta. Después de caminar por ahí un rato conociendo el lugar, fui a mi cuarto. Me acuerdo que me acosté en una cama de estilo militar sin sábanas en un cuarto helado preguntándome qué estaba haciendo ahí.

Esa fue mi primera impresión de Dartmouth y supongo que eso es Dartmouth para mí: un surtido variado de impresiones sin orden cronológico específico. En cierto sentido es un evento personal y un espectáculo. Supongo que esto es cierto para todo el mundo. Omnipresente entre mis impresiones es un sentido fuerte de alienación hacia Dartmouth. Esto empezó el día después





de llegar, cuando recibí una nota de la oficina del Decano diciendo que tenía que reunirme con el decano a las 12:00 del día siguiente. No podía creer lo insultante que era; de donde venía, uno nunca le pedía a nadie que viniera con solamente un día de anticipación, y pocas veces era suficiente con una semana de advertencia. Simplemente no hacíamos las cosas así. Sentí que mi sentido de la correctitud había sido asaltado, como una persona de la ciudad podría sentirse si las luces de los semáforos empezaran a cambiar de color al azar. Era una de esas cosas que son tan inconscientes que no hubiera podido decir por qué me pareció insultante si me lo hubieran preguntado; es una de esas sutiles “diferencias” culturales/regionales que están tan profundamente enraizadas que hay que tropezarse con ellas para traerlas a la luz. Esto me ocurrió muy frecuentemente en Dartmouth. Regularmente me sentí como si yo y los otros estudiantes, así como los profesores, estuvieramos existiendo en planos de la realidad muy diferentes.

Debería decir antes de seguir que escribir acerca del tiempo que pasé en Dartmouth es difícil por varias razones. La principal es que después de mi graduación decidí reconstruir Dartmouth en mi casa de la memoria. Parece que muchos de nosotros hicimos eso; cuando me encuentro con otros ex-alumnos Indios, recordamos el lugar con afecto. Así como todos los ex-alumnos, hemos sellado algunos cuartos, cambiado algunas puertas, y repintado nuestras experiencias en un color más placentero. Recordamos nuestros amigos, y hasta nuestros recuerdos de nuestros competidores se vuelven más agradables. Contradicciones que alguna vez parecían enormes puede que no hayan sido resueltas, pero han sido dejadas atrás. Creo que los Indios tienen un talento para esto. Hay tanto dolor en nuestras historias que hasta lo peor que un pequeño college puede infligir empalidece por comparación.

El “símbolo Indio” provee un buen ejemplo de este proceso de no olvidar eventos específicos, pero más bien reenfocar la atención solamente en algunos aspectos de ellos. Pienso poco en ello en estos días, pero en un cierto tiempo tomaba mucha de mi atención y energía. El símbolo Indio —una caricatura degradante y estúpida de un Indio que generalmente se encontraba borracho cerca de un barril de ron— era la mascota no oficial por muchos años, considerada con orgullo por muchos ex-alumnos. Cuando yo la miraba, sin embargo, veía demasiado de mi hogar para encontrar nada divertido o heroico en ella. Déjenme darles un ejemplo de lo que se siente, ya que mucho de su efecto es lo que algunos de los ancianos llaman el mundo no visto.

Imagínense a su abuelo. Lo ha criado con amor y respeto y le ha dado gran parte de él mismo. Está parado rígidamente, y la dignidad de su presencia es casi palpable. El abuelo alguna vez vivió vitalmente, y todavía se ve en su humor y en sus historias. Tiene un ingenio dulce y le importa su familia y el mundo. Su fuerza espiritual trae la luz. Este es el abuelo.

Ahora bien, gente ha venido a visitar al abuelo. El los invita adentro y les ofrece comida. Ellos no aceptan, en cambio empiezan a burlarse. Dicen cosas para provocar que buscan dar dolor y destruir. Pero esto no es suficiente; agarran al abuelo y le rapan la cabeza. Pintan su cara con rayas y dibujan un ceño desde las comisuras de su boca. Todavía no es suficiente, lo cogen y lo empujan en el barro afuera. Miras al abuelo y te das cuenta de que no lo han disminuido. No tenían el poder, pero el mundo mismo se ha vuelto más pequeño, más oscuro. Así es como el símbolo Indio nos hacía sentir a algunos.

Ahora me doy cuenta que el símbolo no era y no es la cuestión más importante que la sociedad India enfrenta, pero verlo es como caminar al lado de ortigas; uno las quita del camino y vuelven a crecer de raíz. Su persistencia sólo sirve para subrayar una contradicción que cada Indio que ha ido a Dartmouth ha sentido en algún grado. Dartmouth college, desde su fundación, ha por ratos usado, cortejado, echado de lado, atraído, se ha burlado, ignorado, y ocasionalmente, educado a los Americanos Nativos. De cierta manera, es casi una mini-América.





El símbolo Indio era un reto general a la comunidad Americana Nativa de Dartmouth, pero habían muchos retos personales también. Me acuerdo haber ido a bailar una noche con una amiga mía, una bella mujer india de Denver. Mi compañero de cuarto (un estudiante de New Jersey cuyo lema informal era "Sí, soy un idiota. Y qué?") también estaba en la fiesta. Después de unos minutos de bailar cerca de mi compañero de cuarto, mi amiga Jo me pidió que nos alejáramos de él. Le pregunté por qué. Ella dijo que él la estaba pellizcando y manoseando. Bueno, de donde yo vengo, uno no hace cosas así. Pero como estaba en primer año, no sabía claramente qué hacer. Lo pensé un rato y después lo miré arriba abajo y le dije que debería pedirle perdón a ella. El dijo que no tenía que hacerlo y que no era mi problema, así que le pegué un par de veces para enfatizar. Después me desconcerté, porque en Dartmouth no se le pega a la gente. Crueldad mental de todos los tipos es protegida y tolerada por las reglas de conducta establecidas, pero la violencia física, no importa con qué fin, es deplorada. De donde vengo es lo contrario; el trato decente de la gente es fomentado, y si la situación lo requiere, se exige justificadamente a través de la coerción física. No estaba seguro, así que llamé a casa y hablé con mi abuelo. El dijo que había hecho "justo lo correcto y si ellos fueran gente decente habrían entendido". Cómo podía decirle a mi abuelo que estaba en un lugar donde medidos con muchos de los valores con los que había sido criado, la gente no solamente no era decente, pero ni siquiera cuerda? Afortunadamente, nunca lo llegamos a discutir.

Pero también había partes de Dartmouth que me eran muy afines. Se trataba de aprender y de cosas que eran nuevas y bellas. La primera clase que tomé era "folclor", un curso de antropología. Los antropólogos toman placer en lo singular, y el profesor que enseñaba este curso era en realidad el primer no-Indio que había conocido que valoraba la cultura india. En esa época yo no había gastado mucho tiempo pensando en la cultura. Era un hecho. Recuerdo, sin embargo, que estuve muy emocionado cuando tenía dieciocho años cuando conocí a un judío. Había visto algunos judíos en televisión y estaba seguro que no habría muchos de ellos, ya que nunca había conocido ninguno. En esa época, para mí, todo el mundo era Indio; fue solamente después que me di cuenta de la bella y poco frecuente riqueza que tenemos.

Uno de mis amigos describió a Dartmouth como una tierra de fantasía. En mi primer año, así fue como me pareció. El trabajo era estimulante pero no demasiado pesado. Siempre amé las estrellas, y en mi primer semestre, encontré una combinación perfecta de cursos: "Folclor" y "Estrellas". Pero debería estar claro ya que lo que yo amaba no eran la física y la astronomía, sino más bien la poesía de las estrellas. Los hollos negros eran lugares donde el tiempo mismo se para y las cosas se vuelven infinitamente más pequeñas y no envejecen, un horizonte eventual pasado el cual no hay fuerza en el universo capaz de dejarlo a uno escapar. El romance de estos conceptos astrológicos era increíble y se unía tan maravillosamente con las historias folclóricas de la gente que salió de la tierra y las arañas ancianas colgando fuego en el cielo. Pero en cuanto a las matemáticas, estaba en dificultades. Mi educación en matemáticas había parado después de Álgebra en el décimo año. Desafortunadamente, esperaban más de mí en Dartmouth. Después de sacar una D en mi primer examen, decidí irme del college. Por suerte, el director del Programa Nativo Americano me tomó de la mano y me aseguró que "Estrellas" no era el último ni el curso más importante que iba a tomar en el college. Saqué una A en "Folclor" y una C en "Estrellas", no fue muy fuera de lo común.

Lo que fue fuera de lo común en mi primer año fue Val. Años más tarde, todavía me es difícil escribir sobre ella, pero Val era una parte importante en las vidas de muchos de los que fuimos a Dartmouth en esa época, y su historia es parte de la mía. Cuando vi a Val por primera vez el segundo día de clase, me pareció tan linda que me dejó sin aliento literalmente. Tenía puesta una



chaqueta verde de la armada, y se había decorado con rayas de pintura y huellas de manos rojas. Cuando me preguntó si yo iba a ir a la Casa NAD al picnic de los nuevos estudiantes, obviamente le respondí que sí.

Val era una Yup'ik de Alaska. Cuando entró a Dartmouth, era una poeta, cantante y una persona que tenía la cantidad mayor de energía pura que haya jamás conocido. Para cuando salió del college, un par de años más tarde, estaba adicta al alcohol y a la cocaína, y estaba físicamente y emocionalmente golpeada. Para cuando tenía veintisiete años, estaba muerta por haber tomado antifreeze. Se ha dicho mucho acerca de andar en dos mundos, de ser "bicultural". Estas discusiones son poco más que repeticiones de obviedades académicas. Val, como yo, pensaba al mundo en una manera que sólo puedo describir superficialmente. A mí no me criaron con ideas de planes de carrera y de planeación del futuro. Cuando yo pensaba en el futuro, era sólo en los próximos días o semanas. No planeé con terminar el college, o seguir con un posgrado, o casarme y tener un hijo. Me crié pensando que las cosas ocurren, y la gente se adapta si puede. Nadie tiene mucho control sobre el mundo, y sólo los que son crédulos son los que se engañan y piensan que pueden controlar al mundo. Mi principal preocupación era y es qué ocurre con mi familia y mi comunidad. Mi educación, más que otra cosa, me ayudó a redefinir y ampliar a quién incluyo dentro del círculo que me concierne.

En conjunto, mi educación ha sido más bien algo egoísta. Me llevó lejos de mi familia y de la tribu, y lo hice sólo para satisfacer mi curiosidad. Yo era un poeta inseparable de sueños tribales momentáneos cuando me fui, y soy mejor poeta ahora. Haber estado lejos me llevó a comprender la increíble riqueza con que me crié. Recientemente fui al matrimonio de un amigo Nativo mío de Dartmouth. Empezó la ceremonia diciendo: "Mi familia y yo quisiéramos darles la bienvenida. Hemos vivido en este barrio por unos treinta y cinco mil años". Esa frase sola nos hace pensar de una manera que es difícil de reconciliar con una educación occidental. Esta, creo, es la paradoja que mató a Val porque ella no podía reconciliarse con ella. Yo trato de hacerlo con menor o mayor éxito.

Quisiera que ustedes comprendieran que mi experiencia en el college no fue totalmente mala. Al contrario, Dartmouth me dió demasiados regalos para contar. Los más importantes son mi ex-mujer y mi hijo. Mi ex-mujer es de sangre mezclada como yo. Ella es Eslovaca, Irlandesa, Inglesa, Italiana, y parte de una tribu india de Massachussets sin nombre. Todas estas cosas suman una hermosa mujer. Tiene un caudal de cabellos castaños con reflejos rojos, ojos de color ambar brillante, y un cuerpo que no se para. Además de todas estas cosas, habla cuatro idiomas, se graduó a la cabeza de su clase, fue una atleta campeona del estado, y después de dar a luz, se paró inmediatamente y caminó de vuelta a su cuarto de hospital.

Diane y yo podríamos haber sido considerados amantes con mala estrella. Era casi una historia de cuentos de hadas. Ella era una muchacha casi blanca de una familia rica que tenía todo el dinero del mundo para darle, pero poco amor; insistían en darle lo mejor y generalmente lo obtenían, de una manera u otra. Tenían grandes planes para ella: que siguiera la mejor tradición y se volviera una doctora poderosa, preocupada por sí misma y cuyos únicos amores serían el dinero y el control. Y su familia tendría que ocupar siempre un segundo lugar distante, para no interferir con su trabajo. Yo era un pobre Indio de Oklahoma cuya familia pocas veces tenía suficiente dinero, pero siempre tuve suficiente amor. Mi familia quería que yo estuviera fuera de la cárcel, pero fuera de eso yo estaba libre de hacer lo que quisiera. Ocurrió que yo quería a Diane la chica casi blanca, y ella me quería, y así estaban las cosas hasta una noche en que la quise demasiado y ella quedó embarazada. Cuando ella me lo dijo, no me sorprendió en lo absoluto, pero así es como las cosas suceden en el mundo real. Ya que su embarazo era un hecho, Diane tuvo que tomar



algunas decisiones.

Digo "Diane" y no "nosotros" porque creo que mientras un bebé esté dentro del cuerpo de una mujer, todas las decisiones deberían ser de ella. Le dije sin embargo, que si ella quería tener al bebé, entonces yo tenía derecho a mi opinión: el bebé no sería adoptado. Si ella no lo quería, yo lo llevaría de vuelta a Oklahoma y lo criaría yo mismo con la ayuda de mi familia. Tenía el beneficio de saber que mi familia quiere mucho a los niños y que un bebé nuevo sería bienvenido con alegría. Esto me dio una seguridad que mucha gente blanca, incluida Diane, desafortunadamente no tienen. Yo estaba feliz e inseguro y vacilante y orgulloso y un millón de otras cosas todas mezcladas en una olla. Creo que Diane se sentía igual. También me sentía muy bien de una manera que sólo el darle el frente a una convicción difícil te puede hacer sentir. El resultado de todo esto es que seguimos adelante con nuestros planes de que ella tuviera el bebé. También decidimos casarnos. Nuestra fraternidad puso el escenario.

Diane y yo pertenecíamos a la misma fraternidad mixta, y nuestro matrimonio fue el evento de la temporada. Nuestro matrimonio fue pagado por el fondo social, y parecía como si la mitad del estudiantado hubiera venido. Pasamos un muy buen rato. Diane estaba linda vestida de terciopelo verde, y debo decir que yo hice muy buena figura en mi chaqueta y corbata de cuencas que no cuadraban. Mi hermano el predicador vino desde Oklahoma hasta New Hampshire para llevar a cabo la ceremonia, y toda la familia de Diane vino también. Decidimos dejar que sus padres vinieran a condición de que mi hermano y yo pudiéramos lisiarlos si no se comportaban bien (sí lo hicieron). Fue un asunto grandioso, y siete meses más tarde mi hijo Scot nació. El es la mejor cosa que Diane y yo hayamos hecho juntos, y entre nosotros y mi familia él es un muy querido chebonni. Más tarde, Diane y yo nos divorciamos, pero éste parece un buen lugar en que parar.

Un anciano Kiowa me dijo alguna vez que las victorias que ganamos hoy son educativas. Ahora, la mayoría del tiempo peleamos con palabras. Dartmouth college me enseñó a usar las palabras como flechas, una habilidad que me llevó a Stanford. Pero yo no estaba a gusto o feliz en este entorno académico, y me tomó un rato entender por qué.

Como un Indio académico, el problema de encontrar un "hogar" dentro de la estructura académica era serio. Más que cualquier otra gente en Norteamérica, los Indios pueden señalar un lugar del mundo donde está su hogar, y a menudo pueden seguir señalando más específicamente sus hogares en las rocas, árboles y cuerpos de agua. No señalamos hacia la universidad. No podemos adoptar la academia en la misma manera en que los euro-americanos pueden hacerlo. Los euro-americanos no tienen el concepto de lazos que no pueden ser roots, y pueden alzarse y ponerse firmemente dentro de la comunidad académica, una comunidad históricamente concebida para cuidarlos. Aparte algunos roces y desarmonías, ellos encajaron dentro de la academia como una mano en un guante. Qué puede, entonces, hacer un Indio? Qué pueden hacer los Indios cuando el guante está hecho a la medida de la mano blanca, y la mano blanca ya está adentro y contenta?

Una cosa que un Indio puede hacer es irse, y lo hicimos en manadas. Los Indios tienen el nivel de abandono de estudios más alto en los Estados Unidos, a nivel de pregrado, posgrado y de enseñanza. Esto no sorprende ni al mundo académico ni al mundo Indio. Voy a tratar de explicar por qué.

Yo soy un constante y entusiasta usuario de computadoras, y he ocasionalmente usado programas que tenían virus serios. Estos son programas en los que uno trata de hacer algo que supuestamente el programa es capaz de hacer, pero en realidad no lo es. Los mandos están ahí, y el computador debería ser capaz de hacer la tarea. En realidad, el computador insiste en que es capaz. En un Macintosh, esto desemboca en un error de sistema. El error de sistema es la ruina de



la existencia del usuario de Macintosh, porque ofrece una única solución: apague su computador, pierda todo lo que ha metido recientemente, y empiece otra vez desde el principio.

Esta es la situación del Indio que se queda en la academia: la estructura académica insiste en que puede adaptarlo a uno, y hasta da instrucciones explícitas para lograrlo. Uno entra en el sistema, empieza a aportar, y de pronto sale de la nada un error de sistema, incapaz de corregirse. Uno como usuario aprende a evitar usar esa función. Desafortunadamente, la única manera de encontrar un error de sistema es tropezarse con él y ser mandado de vuelta al principio.

Los Indios vienen de un lugar donde el programa principal es diferente y ha estado funcionando por un tiempo increíblemente largo. La mayoría de los virus han sido arreglados. Los Indios entran dentro de la academia esperando encontrar un programa fundamentalmente funcional. Oprimen la tecla llamada "voz", "expresión", "sentido", "creatividad", y "uso", y esperan que algo extraordinario ocurra. En cambio, la máquina para de funcionar. Así que los Indios se devuelven a su hogar, un lugar que los académicos euro-americanos se han a menudo olvidado que existe, o se quedan en un mundo que no crearon y que no comprenden del todo.

Después de irme de Stanford a mitad de mi programa de Ph.D. en educación, me contrataron como director ejecutivo de la Escuela Preparatoria Nativa Americana (NAPS). Tomé el trabajo para proteger a nuestros niños del tipo de educación occidental a la que mi familia y yo estuvimos sometidos. Me rehúso a creer que la educación tiene que ser dolorosa y cruel.

La Escuela Preparatoria Nativa Americana me llevó a muchos lugares, y mi "educación" continuó. Viajé a través del país desde Nueva York hasta Los Angeles, estuve en reuniones en clubs privados y en yates donde no le gusté a nadie, y le pedí a gente que donara dinero para la educación India, porque los Indios son la gente del futuro. Y después iba a casa para limpiarme y vomitar, porque eso es lo que uno hace si es Creek y cree en la manera tradicional de hacer las cosas, y se encuentra en un mundo que es cada vez más extraño. Después volvía a trabajar y vivía otro día, agarrándome de treinta y cinco mil años de danzas e historias y filosofía y pensamientos y consuelos, y de la alegría, dolor y trabajo que su supervivencia implican.

